

por extraños caminos, á darle el golpe de gracia á esa misma incipiente revolucion.

El otro jóven que le acompañaba tambien estaba destinado á hacer gran papel en su patria, pero no en los campos de batalla, sino en el teatro Frances, pues se llamaba Talma.

CAPITULO XV.

LA REINA MADRE.

—Todo pasa y tiene su fin, no hay mas que tener paciencia y valor; dijo María Antonieta con dulce sonrisa, cuando á la mañana siguiente de su llegada á París, se levantó de la cama y bebía apaciblemente el chocolate en la improvisada sala de recibo. Hemos aquí instalados en las Tullerías, donde hemos podido dormir, siendo así que ayer mismo nos creíamos perdidos y que solo la muerte podria darnos paz y descanso.

—Fué dia terrible, observó madama de Campan suspirando. Sin embargo, V. M. se portó como una heroína.

—¡Ah! Campan, dijo ella tristemente; bien sabe Dios que no ambiciono la fama, y que estaria contenta si en vez de heroína, me fuese dado ser solo esposa y madre, ya que no me es permitido ser reina.

Esta y la camarera mayor interrumpieron el diálogo, porque en aquella sazón se abrió la puerta para dar entrada al delfin, seguido de su ayo el abad D'Arcourt. El chico no bien vió á María Antonieta, corrió á sus brazos y le dijo enternecido:

—Ay! mamá, querida mamá, volvámonos á nuestro hermoso palacio de Versailles. Esta casa grande y oscura me da miedo.

—Calla, hijo mio, calla por Dios, se apresuró á decirle su madre estrechándole en el seno. No digas eso, acostúmbrate por el contrario á estar contento en todas partes.

—Mamá, contestó el niño acercándose cuanto podia, no lo diré mas, al ménos no lo diré donde otras personas me oigan, pero ¿no es verdad que esto es muy triste? Y dime ¿de quién es esta casa? Por qué estamos aquí, cuando pudiéramos estar en nuestro hermoso palacio de Versailles?

—Hijo mio, contestó la reina afligida, esta casa nos pertenece y es hermosa y célebre. No digas que no te gusta, porque aquí vivió tu abuelo bisabuelo Luis XIV el grande, é hizo este palacio célebre en toda Europa.

—Sin embargo, me alegraria estar lejos de aquí, repuso el niño despues de echar una mirada melancólica y temosa á lo largo del salon, el cual adornaban unos cuantos deslustrados muebles.

—Tambien yo quisiera estar lejos de aquí; dijo María Antonieta en voz muy apagada, como quien habla consigo mismo. Oyóla el niño á pesar de eso y dijo asombrado:

—¡Con que tú tambien quieres irte? No eres reina? No puedes hacer lo que deseas?

Atravesado el corazon de la reina con las palabras del niño, como con una invisible saeta, no acertó á responder y rompió á llorar.

—Príncipe mio, le observó su ayo, veis la pena que le causais á la reina. Ella necesita descanso. Vamos á dar un paseo.

Pero enjugando María Antonieta sus lágrimas y oprimiendo la cabeza del delfin en su pecho, añadió:

—No, él no me causa pena. Llora, porque las lágrimas me alivian. Solo es uno desgraciado cuando no puede llorar. . . . Mas ¿qué es eso? preguntó levantándose de repente. ¿Qué significa ese ruido?

En efecto, en aquel momento se oian en la calle gritos atronadores, mezclados de maldiciones y amenazas.

—“¿Qué es eso, mamá? preguntó el delfin apeándose al seno de su madre. Si tendremos otro dia por el estilo nel de ayer.”

Se abrió la puerta y entró el rey.

—Sire, le dijo María Antonieta yendo á su encuentro, ¿van á renovarse las terribles escenas de ayer?

—Por el contrario, María, contestó el rey, se trata de llamar á cuentas á los autores de ellas. Una diputacion del tribunal del Chatelet ha venido á las Tullerías. Me pide el autorice á formarle causa á los autores de los desórdenes y asesinatos de ayer, y que tú le informes sobre lo que ha pasado. Hasta aquí acompañó el populacho á la diputacion y como siempre con sus manifestaciones ruidosas. ¿Recibirás, María, la diputacion del Chatelet?

—Me preguntas si la recibiré, repuso ella con amarga ironía, como si estuviera en nuestras manos negarnos á ver á esos señores. Esos que ahora vienen á pedirnos la vénia, son los esclavos de la plebe que los sigue hasta aquí bramando como bestias feroces; y quiera que no, tenemos que darles audiencia.

No replicó el rey, solo se encogió de hombros, abrió la puerta de la antesala y dijo á los chambelanes: Que entren esos señores. Y abierta de par en par la puerta, gritaron aquellos: Los respetables jueces del Chatelet.

Vestidos en sus ropas negras tálares, con aire respetuoso y la cabeza inclinada, pasaron adelante los jueces y se quedaron en pié junto á la puerta.

María Antonieta se habia adelantado algunos pasos. Por entónces ni la mas ligera sombra de pesar ni inquietud oscurecia el sereno cielo de su altiva frente. Erguida, llena la mirada de arrogancia y fuego, el semblante animado y majestuoso, era ella todavia la reina, aunque despojada de la pompa y el aparato que la rodeaban en las audiencias públicas de Versailles. Ya no se hallaba en el trono con los escalones cubiertos de grana, no protegía su cabeza el dosel de flecos de oro y flores de lis, no se agrupaban á sus flancos los cortesanos y damas de brillantes arreos, solo la acompañaban su marido y su hijo pequeñuelo; pues hasta el ayo de este, el abad D'Arcourt se habia retirado al fondo respetuosamente. Pero no necesitaba María Antonieta de la pompa externa para ser reina; ella lo era en su porte, en su aspecto y en sus acciones. Con gran dignidad dejó que se le aproximase y la hablara la diputacion del tribunal; y con la misma escuchó las palabras que le dirigió el decano de los jueces; las cuales se redujeron á expresar el horror que aquel habia experimentado al enterarse de las atrocidades y desórdenes del dia anterior. En tal virtud, suplicaba humildemente á la reina se sirviese dar los nombres de las cabezas de motin que conociese para

arrestarlos y formarles causa. Pero María Antonieta le interrumpió diciendo:

—“No, señor, no, no se dirá de mí jamás que he sido la delatora de los súbditos del rey.”

—En ese caso, prosiguió diciendo el decano de los jueces con una reverente inclinación de cabeza, séame lícito al menos rogar á V. M., en nombre del Tribunal Supremo del Chatelet, nos dé la orden para perseguir criminalmente á los culpables, porque no podemos proceder de oficio, sin previa autorización.

—Tampoco quiero que se le forme causa á nadie, volvió á decir la reina con entereza. “Todo lo he visto, todo lo sé, todo lo he olvidado. Idos, señores, idos. Mi corazón no conoce venganza y ha olvidado á todos aquellos que me han ofendido. Marchaos.”

Y con un movimiento de la mano derecha y una ligera inclinación de cabeza, despidió la diputación, la cual se retiró en silencio.

—María, dijo el rey cogiendo la mano de su esposa y besándosela apasionadamente, María, te doy las gracias en nombre de todos mis súbditos. En este caso no has obrado solo como reina sino como madre de mi pueblo.

—¡Ah! exclamó ella con triste sonrisa, lo malo es que los hijos no creen en el amor de su madre y que tus súbditos no me consideran como tal, ántes me tienen en el concepto de enemiga.

—Ya, repuso el rey, si no hubiesen extraviado su juicio personas mal intencionadas, te haría la justicia que mereces. Espero, sin embargo, que podremos con el tiempo sacar al pueblo de su error.

—Tambien yo lo espero, Luis, pero (añadió con firmeza) á nada le temo. Venga lo que viniere, me hallará siempre armada.

En aquella sazón entró madama de Campan por una puerta lateral.

—Si place á V. M., fuera, en la sala de recibo, aguarda un gran número de señoras del barrio de Saint Germain, que vienen á saludar á V. M. y ofrecerle sus servicios.

—Diles que allá iré á recibirlas al punto. ¿Ves? agregó volviéndose para su marido, Hé aquí los consuelos de las desgracias. Hasta hace poco esas mismas señoras del barrio de Saint Germain se entretenían en cortarme vestidos de lo lindo, y no podían olvidar mi cualidad de Austriaca. Miralas ahora, están persuadidas que soy la reina de Francia y que les pertenezco. Perdóname si te dejo solo un momento.

Mientras se retiraba con rápidos pasos, el rey, en cuyo semblante estaba pintada una profunda melancolía, la siguió hasta perderla de vista y luego dijo entre sí:

—¡Pobre reina! Qué equivocadamente se la juzga! Cuán poco la conocen! qué injustamente la acusan! Y es que no puedo rectificar el juicio equivocado ni ahogar la calumnia ensañada contra ella.

Sentóse suspirando en una silla de brazos y se quedó callado, sumido en tristes pensamientos. A poco, sin embargo, le volvió en su acuerdo, un ligero toque que recibió en la mano derecha, la cual descansaba en el brazo de la silla. Abrió los ojos y se encontró delante y mirándole fijamente con sus grandes ojos azules, el gracioso y suave delfín.

—¡Ah! Eres tú, mi querido Luis Carlos? dijo el rey. ¿Qué quieres, hijo mio?

—Papá, contestó el muchacho con aire tímido, quisiera hacerte una pregunta, una pregunta seria.

—Una pregunta seria! repitió el rey. Vamos á ver. Hazla.

—Sire, prosiguió el niño con seriedad, me ha dicho siempre madama de Tourzel que yo debo amar mucho, mucho, al pueblo de Francia y tratar á todos con amabilidad, porque el pueblo de Francia ama á papá y á mamá tanto, que sería una ingratitud si yo no le correspondiese. ¿Cómo sucede, pues, Sire, que el pueblo de Francia se ha vuelto tan malo contigo y que ya no ama á mamá? ¿Qué le han hecho ustedes para que esté tan irritado? No son tus súbditos? no te deben respeto y obediencia? Al menos así me dice mi maestro. ¿Te mostraron ayer obediencia y respeto? Me parece que no. Explicame esto, papá.

Puso el rey al príncipe en sus rodillas, le rodeó el cuerpo con uno de sus brazos y le dijo:

—Te lo explicaré, hijo mio, y espero que escuches mis palabras atentamente.

—Sí, papá. Yo al menos soy un súbdito obediente. El abad D'Arcourt me ha dicho que yo no soy otra cosa respecto de tí, y que como hijo y súbdito debo dar ejemplo al pueblo Francés de cómo ha de amarse y obedecerse al rey. Yo te amo mucho, papá, yo soy tan obediente como puedo serlo, pero se me figura que mi ejemplo no vale de nada: ¿cómo es eso, papá?

—Eso proviene, hijo mio, de que hay hombres malos que le dicen al pueblo que yo no le amo. Hemos tenido grandes guerras y las guerras cuestan mucho dinero, así que yo pedí dinero á mi pueblo, para sostenerlas, del mismo modo que hicieron mis antecesores.

—Pero papá ¿porqué hiciste eso? Por qué no cogiste de mi dinero para cubrir los costos? Yo tengo mas dinero del que necesito, solo que ya no podré dar limosna á los niños pobres en mis paseos. Hay tantos, tantos, que aunque doy solo un franco á cada uno, cuando vuelvo á casa no me queda nada en la bolsa. Tu pueblo tiene dinero, mas que tú mismo.

—Hijo, reciben los reyes cuanto tienen de manos del pueblo, bien que se lo devuelvan. El rey es nombrado por Dios para gobernarle, le debe pues respeto y obediencia y pagar las contribuciones. Así es, que si el rey necesita dinero, tiene razon de pedirselo á sus súbditos, ó lo que es lo mismo, imponerles contribuciones. Me comprendes?

—Sí, sí, papá, he comprendido todo muy bien. Pero no me gusta eso. Me parece que si un hombre es rey, todo le pertenece, y debe tener todo el dinero para darlo al pueblo. El pueblo debe pedir y no el rey.

—Así sucedía en tiempos antiguos y mas felices, dijo el rey suspirando. Muchos reyes, no obstante, han abusado de su poder y autoridad, de que ha resultado que hoy día el rey no puede gastar ni recibir dinero sin la intervención y el consentimiento del pueblo.

—¿Has gastado tú dinero, papá, sin permiso del pueblo? Es esa la razon porque fué ayer á Versailles é hizo tantas maldades? Porque los hombres malos eran parte del pueblo, ¿no es así?

No, hijo, espero no eran el pueblo los hombres malos de ayer. El pueblo no puede acercarse en tanto número, para ello debe nombrar quienes le representen. Yo he llamado á los representantes del pueblo, es decir, los Estados Generales que hice reunir en Versailles. Le pedí dinero para los gastos que hay que hacer, ellos en cambio me piden cosas que yo no puedo conceder, no solo por mi mismo, sino por tí, hijo mio, que serás algun día mi sucesor. Entónces algunos hombres malvados empezaron á maquinar é incitar al pueblo diciendo que ya no le quería yo, ántes me proponía esclavizarle. Y ese pueblo ha creído lo que le han dicho lo consejeros mal intencionados; me han calumniado á sus ojos y le han empujado á rebelarse contra mí. Pero ya todo eso se arreglará. Verán mis súbditos que yo los amo y estoy siempre pronto á hacerles justicia. Para esto he venido á Paris y ahora vivo en medio de mi pueblo. Siento que esto no es tan agradable como Versailles, que nuestros cuartos no son tan tamplios y cómodos, ni tenemos los hermosos jardines de allá; pero es preciso conformarse. Hemos de tener presente que nadie está tan bien en Paris como nosotros. Asimismo es fuerza que confiesen los Parisienses que el rey los ama, pues dejó su encantador Versailles y ha venido á vivir con ellos y á participar de sus buenos y malos tiempos.

—Ya entiendo, papá, y ahora me avergüenzo de haberme quejado. Te prometo, agregó el niño con solemnidad, que haré cuanto esté en mi mano por darle buen ejemplo al pueblo y ser con él suave y benévolo. No me quejaré mas de vivir en Paris.

Y el delfín cumplió su palabra. Se esforzó en manifestarse contento, no habló de los buenos ratos pasados en Versailles, ni apareció reparar en los oscuros salones de las Tullerías con sus desuistrados tapices, sus vetustos muebles, y aspecto ruinoso. Hasta llegó á aficionarse de un rincón especial del jardín que se habia señalado para recreo de la familia real. Por la verja de hierro solia asomarse la gente curiosa y maligna, y mas de una vez asustaron al niño palabras ásperas y caras sañudas.

Una ocasion, al oír tales palabras y ver semejantes caras, no pudo menos de alarmarse el delfín, echando á correr y refugiándose en las faldas de su madre, á la cual rogó saliera del jardín y se metiera en el palacio. Pero esta, en vez de cumplir con su deseo, le internó mas y le acercó á la verja. En el pequeño cenador que habia en el ángulo del jardín por la parte que daba al muelle, se sentó ella, levantó á su hijo y le colocó en la mesa de mármol, le enjugó las lágrimas con el pañuelo y le rogó tiernamente no llorase mas ni se afligiera.

—Porque si tú lloras y te afliges, hijo mio, se me acabará el ánimo, y todo me parecerá tan oscuro y triste como si de repente se apagase el sol. Porque si tú lloras, me harás llorar á mí, y ves que no le está bien llorar á una reina. En ello encuentran placer las gentes que se proponen mortificarnos y no debemos darles á conocer que se han salido con su gusto. Este es mi orgullo, pero cuando te veo afligido confieso que se me agotan las fuerzas. ¿Re-

cuerdas nuestro viaje de Versailles aquí? Cómo se mofaban de mí los malvados que nos rodeaban? Yo conservé la mayor calma y serenidad, pero no pude menos de llorar cuando tú me dijiste que tenias hambre.

—Pues pierde cuidado, mamá, que no volveré á llorar, para que no se gocen en mi afliccion los hombres malos.

—Eso es, hijo mio. Pero es preciso que seas amable con los hombres buenos.

—Lo seré, mamá, lo malo es que yo no veo los hombres buenos. ¿Quiénes son?

—Debes creer, Luisito mio, que todos los hombres son buenos y así tratarlos á todos con amabilidad. Si no aprecian tu bondad ó tu benevolencia, ó si ellos carecen de tales virtudes, tú no tienes la culpa, y nuestro padre celestial y los tuyos estarán complacidos de tu conducta.

—Pero mamá, no me parece que todos los hombres son buenos. ¿Llamas buenos á los que nos maldecian, amenazaban y ponian nombres desde Versailles á Paris? Esos nunca podria yo tratarlos con amabilidad, si se nos acercaban otra vez.

—No se nos acercarán mas, Luisito. No, esperemos que los malos no volverán á molestarnos, y que serán buenos todos los que vengan á vernos. Por esta razon te encargo de nuevo, Luis mio, que trates á todos con bondad, á fin de que te quieran y vean que su futuro rey, desde niño, se muestra amable y civil.

—Aunque no sea mas que por darte gusto, mi querido mamá, haré lo que tú me dices.

Mientras María Antonieta le acariciaba por su docilidad y bella indole, se presentó un edecan y anunció al general Lafayette y al corregidor de Paris señor Bailly.

—Mamá, preguntó el delfín al oído de su madre luego que aparecieron los dos caballeros ¿es ese el general que estuvo en Versailles? Yo no puedo ser amable con él, porque pertenece á los malos.

—¡Calla! calla, hijo mio! replicó la madre asustada. Por el amor de Dios, no digas tal. No pertenece el general Lafayette al número de nuestros enemigos, al contrario, se interesa por nosotros. Se amable con él.

Tomó María Antonieta á su hijo por la mano y con la risa en los labios, salió al encuentro de los caballeros dichos, á fin de averiguar cuanto ántes el motivo de su visita intempestiva y en aquel sitio.

—Señora, le dijo el general Lafayette, vengo á preguntar á V. M. tenga la bondad de manifestarme á qué hora desea visitar el parque y el jardín, cosa de que yo pueda tomar mis medidas de acuerdo.

—Eso equivale á decir, general, replicó la reina, que ya no depende de mi libre albedrío pasear por el parque siempre y cuando se me antoje, sino que se me permitirá á ciertas horas, tal como se hace con los prisioneros.

—Perdonad, señora, dijo el general con mucho respeto, espero que V. M. me haga la gracia de creer, que por lo que á mí toca, la paz y la seguridad de vuestra augusta persona, son cosas sagradas y que miro como el primero de mis deberes protegerla de todo insulto y de cuanto pueda serla molesto.

—Hé aquí á lo que ha venido á parar la rei-

na de Francia, exclamó María Antonieta. Es preciso protegerla para que no la insulten. No ha de salir al parque cuando guste, porque, es de temer que el pueblo la insulte, si el general Lafayette no ha tomado sus medidas previamente. Pero si eso es fácil que suceda, ¿por qué no cierra las puertas? Esta es una propiedad real y tal vez no le esté vedado al rey defender su hacienda de la plebe intrusa. En cuanto á proteger mi persona, ya cuidaré yo de eso, y haré de modo que pueda entrar y salir del parque y los jardines sin riesgo siempre y cuando se me antoje. Haré que S. M. el rey mande cerrar las puertas del parque y del paseo que da sobre el muelle. Así quedará todo remedado y al ménos tendremos la libertad de pasearnos á cualquier hora, sin necesidad de enviarle previo aviso al general Lafayette.

—No esperaba otra respuesta de boca de V. M., dijo Lafayette airado. Por lo mismo traje conmigo al señor corregidor Bailly, á fin de que me ayudara á persuadir á V. M. de la necesidad de no apelar á los medios violentos. El pueblo está ha to exasperado, para darle nuevo motivo de irritacion.

—¿Y ese es vuestro parecer, señor? preguntó María Antonieta volviéndose para Bailly. También creéis vos, que sería un medio violento, si el rey usando de su derecho, cerrara su finca á aquellos que le faltan al respeto?

—Por desgracia, señora, no está en manos del rey hacer uso de ese derecho, como V. M. le llama.

—No queréis decir, sin duda, señor, que si le place al rey prohibir la entrada en el parque de las Tullerías á las personas de mala catadura, no tiene derecho de cerrar las puertas?

—Señora, séame lícito al ménos expresarme con franqueza; contestó Bailly. El rey Enrique IV, que Dios tenga en su santa gloria, concedió á los Parisienses el privilegio de entrar y salir del parque de las Tullerías á todas horas y sin ninguna restriccion. Como lo sabe V. M., el palacio se fabricó en tiempo de la reina Catalina de Médicis, despues de la muerte de su marido, para pasar ella su viudedad. Corria toda suerte de rumores sobre las cosas extrañas que, afirmaban personas graves, ocurrían de tiempo en tiempo en el parque. Se habló mucho de los laboratorios en que la reina Catalina preparaba sus venenos; del pabellon en que habia la cámara de un mártir; de los calabozos subterráneos en que habian sido enterradas muchas personas vivas; y estos cuentos horribles habian causado tal impresion en el ánimo de las gentes que nadie se atrevía á aproximarse á este sitio despues de puesto el sol. Pero cuando la reina Catalina salió de París y el rey Enrique IV vino á residir en el Louvre, mandó abrir á los Parisienses el jardin temible de las Tullerías, hizo público lo que era privado, con el fin de que el odio que inspiraba se convirtiese en bendicion.

—¿Y suponéis, señor corregidor, que se trocaría la bendicion en odio, si cerrásemos las puertas que abrió Enrique IV?

—Mucho lo temo, señora, y de consiguiente me aventuro á rogar no se le niegue al pueblo el privilegio de entrar en los jardines de las Tullerías, ni se le prive de sus goces.

—Que no se le coarten sus goces al pueblo,

decís, pero á nosotros sí; repuso María Antonieta con amargura. No cabe duda que tienen razon los que llaman hoy rey de Francia al pueblo, mas olvidan que ese rey ha usurpado el trono valiéndose de la traicion, la rebeldia y el asesinato, y que día llegará en que la cólera de Dios y la justicia de los hombres le derriben á nuestros piés. Aguardo ese día y hasta entonces sobrellevaré con paciencia y valor lo que la suerte me tiene reservado. Al ménos no me intimidarán la barbarie ni la maldad de los hombres, ni el tenor hará que me rebaje á hacer el papel de prisionera en mi propia casa, saliendo á pasear bajo la égida del señor de Lafayette, el general del pueblo.

—Si place á V. M., observó este palideciendo.

—¿Qué vais á decir? le interrumpió la reina con despreciativo gesto. Antes que fueseis á América, erais un caballero y conociais los hábitos y usos de la corte. De tal modo la falta de educacion allá ha pervertido vuestras ideas; que ya no sabeis que no os es permitido hablar en presencia de la reina sino cuando ella os faculte ú os pregunte?

—General, intervino entonces el delfín acercándose á Lafayette y tendiéndole la mano, tengo un placer en saludarte. Me ha dicho mamá que yo debo ser amable con todos los que lo son con nosotros, y precisamente cuando tú entraste con ese otro caballero, me dijo mamá que el general Lafayette no pertenecía al número de nuestros enemigos, ántes que se interesaba por nosotros. Aprovecho, pues, esta ocasion para saludarte y darte la mano de amistad.

Y mientras decia esto y se sonreía con el general, dirigió á su madre una mirada suplicatoria.

Tomó Lafayette la mano que le ofreció el príncipe, y la nube de cólera que poco ántes oscureció su semblante desapareció por completo. Como movido por un sentimiento de reverencia y admiracion, dobló la rodilla ante el niño, cuyo rostro resplandecía de inocencia, amor y bondad y le besó repetidas veces la mano que aun retenia en la suya.

—Príncipe mio, le dijo muy conmovido, me acabais de hablar con la lengua de un ángel y os juro, lo mismo que á vuestra madre, que no olvidaré en mi vida este instante. El beso que ahora imprimo en la mano de mi futuro rey, será el sello del voto y del juramento que hago de consagrarme al servicio del rey y de la familia real. Nada me hará desviar de mi fidelidad y devocion á sus augustas personas é intereses; nada, ni aun la cólera y el desvio de mi noble reina. Delfín de Francia, habeis conquistado en este día un defensor de vuestro trono, defensor siempre listo á derramar la última gota de sangre en vuestro obsequio y en el de vuestra casa, y sobre cuya lealtad y amor podeis contar en todo tiempo.

Esto dijo Lafayette con los ojos llenos de lágrimas y los labios tembloros de la emocion mientras miraba al rostro animado y risueño del niño, el cual como que sentía un placer secreto viendo á sus piés á aquel hombre fuerte y ya famoso. Tras este se hallaba con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza doblada, en actitud pensativa, el señor Bailly, escuchando las solemnes palabras del general, so-

bre cuyos hombros descansaba la suerte de la monarquía, y que era á la sazón el hombre mas poderoso y distinguido de la Francia, pues le obedecía implícitamente la Guardia Nacional.

Inmediato al delfín se hallaba la reina, también en pié y la actitud orgullosa de su carácter, pero se conocía por su semblante que sus sentimientos habian experimentado un cambio repentino; pues habia desaparecido la expresion de cólera y desconfianza que poco ántes llevaba bien marcada. Desvanecida la nube, su rostro ahora despedía rayos de placer y contento; y en su boca volvió á aparecer aquella sonrisa que en mas felices días, inspiró versos entusiastas á los favoritos de la reina y á sus enemigos temas de critica amarga.

Cuando concluyó de hablar reinó el silencio, aquel elocuente y solemne silencio que acompaña á los momentos en que el genio de la Historia se cierne sobre la cabeza de los hombres, y tocándoles con la punta de las alas, les ata la lengua y les abre los ojos del entendimiento para ver el futuro y leer los secretos del tiempo por venir, como á la luz de un relámpago.

Si, en ese momento crítico fué aquel en que Lafayette, á los piés del delfín, juró eterna fidelidad á la monarquía Francesa en presencia del corregidor de París, quien debia en breve sellar su lealtad con su sangre, y en presencia de la reina, cuyo exaltado carácter debia también en breve hacerle sufrir el martirio.

—Alzad, general, pasado el momento dijo María Antonieta con plácida sonrisa. Dios ha oído vuestro juramento y lo acepto en mi propio nombre, en el de la monarquía Francesa, de mi marido y de mi hijo. No lo olvidaré nunca y espero que vos no lo olvidareis tampoco. Y os ruego, continuó poniéndose colorada como una candelita, que disimuleis las palabras duras que os he dirigido. Tales cosas han pasado por mí en estos días aciagos, que no es extraño sino muy natural que con cualesquiera motivos me irrite y exaspere. Probablemente aprenderé á recibir con igual indiferencia los malos como los buenos tiempos y á inclinar la cerviz al yugo que quieren imponerme mis enemigos. No se cambian, sin embargo, fácilmente los hábitos é ideas de la niñez.

Diciendo esto se inclinó y besó los dorados cabellos del delfín, en cuyo instante una lágrima desprendida de sus ojos rodó hasta la frente de su hijo y brilló allí como una estrella caída del cielo. No lo vió María Antonieta, ni conoció que la lágrima que habia tratado de esconder brillaba en la frente de su hijo, la cual no debia adornar ninguna otra diadema.

—Haga el cielo, exclamó Lafayette profundamente conmovido, que no se vea jamas compelida V. M. á acostumbrarse á los insultos. Espero que ya han pasado los peores tiempos y que tras la tormenta vendrán la calma y la bonanza. Recordará el pueblo con vergüenza y sentimiento las escenas escandalosas y punibles actos á que le arrastraron agitadores sin conciencia ni pudor, y volverá á la obediencia y lealtad que debe á unos soberanos, que para cumplir con su deseo, llevaron su confianza y afecto al extremo de dejar su hermoso y retirado hogar en Versailles, para venir á París. ¿Quiere dignarse V. M. de preguntar al corregidor? El la informará del buen efecto que han

causado en todos los ciudadanos dignos y pacíficos de París, las nobles y generosas palabras de V. M., cuando los jueces del Chatelet vinieron á impetrar su venia para formarle causa y castigar con todo el rigor de la ley á los cabecillas de los tumultos de Versailles.

—¿Cierto, señor Bailly, preguntó á este la reina, que obtuvo la aprobacion general mi resolucion en ese caso? Si tendré yo todavía amigos en París.

—No lo dude, V. M., contestó el corregidor respetuosamente, todos los buenos ciudadanos de París han visto con profunda emocion la noble resolucion de V. M. y se han grabado las reales palabras en todo corazón leal. Hoy se repiten en todas partes con júbilo y reverencia. Con este motivo ha podido verse y confesarse que se sienta en el trono de Francia no ya solamente la bondad y la belleza, sino también la clemencia y la gentileza, y que lleva V. M. con justa razon el título de muy cristiana reina.

No pudo esta por mas tiempo dominar su emocion. Despues de una lucha larga y porfiada consigo misma, para no dar mayores muestras de su debilidad mujeril, rompió á llorar, saltando las lágrimas por la punta de los dedos, con que habia pretendido cubrirse los ojos. Repuesta, sin embargo, al cabo de mas serio esfuerzo, pudo decir.

—Gracias, señor, gracias por el bien que me habeis hecho. Aunque no son estas lágrimas las primeras que me arrancan el pesar y la cólera, son las primeras que tras largo tiempo me hace vértigo algo que se parece á la alegría. Dios sabe si podré derramarlas iguales otra vez. Y ahora me ocurre que quizas las debo mas á vuestro deseo de halagarme que á un verdadero triunfo sobre mis enemigos. Decís que todos los buenos ciudadanos de París repiten mis palabras y los bien dispuestos están satisfechos de mi decision. Ah! mucho temo que su número es bien pequeño y que no han de volver mas los días alegres del pasado. ¿Y de ello no es una prueba vuestra presencia en este sitio? No venís porque el pueblo me insulta y me calumnia y porque considerais necesario ponerme bajo vuestra égida, que es mas poderosa que la púrpura real y las flores de lis del trono de Francia?

—Señora, dijo Lafayette en tono casi de súplica, es menester dar tiempo á que el pueblo extraviado vuelva al buen camino. Debemos tratarle poco mas ó ménos como se trata á los niños reacios y malditos, los cuales es mas fácil traer á la obediencia y la sumision con palabras blandas y aparentes concesiones, que con rigidez y severidad. Así pues, si se digna V. M. darme sus instrucciones y fijarme la hora en que mas le conviene pasearse por el parque y el jardin, yo tendré ocasion de hacer de modo que se respete como merece la persona sagrada de V. M.

—En otras palabras, observó María Antonieta con amarga ironía, hareis de manera que vuestra Guardia Nacional sirva de cerca á la reina de Francia que la oculte del odio del pueblo y la proteja de los ataques de sus enemigos. No, no puedo aceptar ese papel. Se verá al ménos que no soy cobarde ni que me ocultó de los que me atacan.

—Ruego á V. M., dijo en este punto Bailly,

que siquiera por compasión á nosotros, por todos los leales servidores de V. M. que tiemblan ante la idea de los peligros que rodean á V. M. y amenazan su paz y seguridad, la ruego, repito, consienta en que el general Lafayette aleje al pueblo brutal y grosero y proteja á V. M. en sus paseos por el parque.

—Basta, señores, dijo María Antonieta con enfado, Sabeis mi resolución fija, no discutamos mas el asunto. No me ocultaré del pueblo, ni le afrontaré bajo otra protección que la de Dios. Con tal defensa y sostenida además por la convicción de que no he hecho nada para merecer este odio, continuaré sin miedo ni arrogancia la línea de conducta que me he trazado. Dios y mi suerte me juzgarán y decidirán entre los súbditos del rey y yo. Gracias, señores, por vuestro celo y atenciones, que cierto no las olvidaré nunca. Entretanto, señores, pasadlo bien; hace frío y debo volver al palacio.

—¿Se dignaría V. M. permitirnos engrosar su séquito y acompañarla hasta allá? preguntó Lafayette.

—Vine hasta aquí acompañada solamente por dos lacayos, que esperan fuera del pabellón, contestó la reina. Sabeis que he prescindido de lo que ordena la etiqueta de la corte respecto á mis paseos á pié, y aunque mis enemigos consideran esto como un delito, espero que el pueblo lo mire bajo otra luz y se convenza de que no soy tan altiva é inaccesible como generalmente se cree. Así pues, señores, id con Dios.

Con la mano les indicó ella la puerta y con una ligera inclinación de cabeza despidió los dos caballeros; quienes salieron del pabellón bastante descorazonados.

—Ven, hijo mio, dijo entonces la reina al delfín, volvámonos á casa.

—Por el mismo camino que trajimos ¿no es así mamá? preguntó el niño cogiendo la mano que le extendió la madre.

—No volverás á llorar si el pueblo grita y se rie ¿no es verdad, hijo? Tú ya no tienes miedo.

—No, ya no tengo miedo. Te digo, mamá que no tendrás queja de mí. He puesto mucha atención á lo que dijiste á los dos caballeros y me alegro de que no le permitieras á Lafayette seguir detras de nosotros. Tal vez hubiera creído el pueblo que ellos nos acompañaban porque teníamos miedo.

—Así es, hijo, vamos.

Se preparaban á salir, cuando ya en el quicio de la puerta, el delfín se atravesó delante de su madre y con expresión suplicatoria le dijo:

—Quisiera pedirte una cosa, mamá.

—Qué cosa, Luisito? Qué quieres?

—Quisiera ir solo, para que no se diga que tengo miedo. Deseo imitar al caballero Bayardo, de quien me ha hablado hoy el abad D'Arcourt. Quiero que se diga de mí como de él, *sans peur et sans reproche*.

—Muy bien, caballero, contestó la reina, irás solo, pero á mi lado.

—No, mamá, si me permites, por delante de tí. Los caballeros siempre van por delante de las señoras para despejar el camino. Yo soy tu caballero y lo seré mientras viva, mamá. Me lo permitis, real señora?

—Te lo permito, caballero Luis Carlos. Vol-

verémos á casa por el mismo camino que trajimos.

El delfín con esto muy alegre atravesó el pequeño espacio enfrente del pabellón y luego por una senda siguió al paseo llamado de la Arcadia, á lo largo del muelle.

Antes de la escalerita que conduce á ese paseo, se detuvo y volvió la linda cabeza hácia la reina, la cual, seguida á respetable distancia por los dos lacayos, venia andando despacio y trauquila.

—Bien, caballero Bayardo, le preguntó ella con una sonrisa ¿por qué se pára?

—Espero solo por V. M., contestó el niño gravemente. De aquí adelante comienzan mis servicios de caballero andante, pues el peligro se acerca.

—Cierto, dijo la reina cuando llegó al pié de la escalerita, donde se oía la griteria popular. Tal es el trueno, que no parece sino que reina la tempestad. Pero tú sabes, hijo mio, que Dios tiene de su mano las tempestades y que él protege á los que se ponen bajo su amparo. Piensa en esto, hijo, y no temas.

—¡Ah! En cuanto á eso, mamá, pierde cuidado, yo no temo; y como un cabrito empezó el muchacho á subir los escalones.

Apresuró un tanto sus pasos la reina y concentró al parecer toda su atención en el delfín, que iba delante de ella tan animado y feliz. Este era por entonces su único cuidado, tal que en la apariencia no oía nada de lo que pasaba en torno suyo. Con todo, tras la verja que corría á lo largo del lado izquierdo del paseo de la Arcadia, se hallaba una masa compacta de gente, mas bien de cabezas humanas, todas con los ojos fijos en la reina y con la lengua ocupada en maldecirla y amenazarla.

—Mira, mira, gritó una mujer con el cabello desmelchado, mira la esposa del panadero, y el mono que salta delante de ella es el aprendiz. Ellos pueden vestir y comer bien, mientras nosotros padecemos hambre y desnudez. Pero ya llegará el día en que la panadera hambree, entonces nosotros tendremos pan y no le daremos migaja.

Estas últimas palabras las repitieron en coro infinidad de voces entre gritos, risas y gruñidos. La masa popular se apiñó en un punto de la verja, la cual por ser fuerte no cedió desde luego, pero se estremeció toda y por entre barra y barra asomaron á un tiempo millares de brazos desnudos de hombres y mujeres en ademán amenazador contra la reina y su hijo, que seguía andando por delante de ella.

A pesar de las voces y de los movimientos hostiles del populacho, no volvió la reina el rostro á vez siquiera para la verja. No apartaba sus ojos del delfín, pensando en si tendria ó no valor de terminar la prueba de nueva especie á que sin esperarlo se hallaba sometido.

De improviso, llena de horror, se le heló la sangre en las venas y casi ceso de latir su corazón. La senda que llevaban, corría paralela á la verja, como ya hemos dicho, y luego torcía hácia la izquierda, pero antes de torcer hacia ángulo con ella, y en ese punto vió la reina un brazo desnudo de hombre que metido por entre las rejas, cortaba el paso como el palo de una barrera.

Del brazo aquel los ojos de la reina se dirigieron al delfín, notando que este titubeó un poco

y luego continuó su camino. Apresuró ella pues sus pasos, á fin de llegar al sitio del peligro antes que su hijo. Así que el pueblo de la parte fuera notó la maniobra del hombre, que introducía el brazo cada vez mas, dejó de chillar y guardó de pronto profundo silencio, como acontece en la tempestad, que reina la calma por instantes, entre ráfaga y ráfaga de viento.

Comprendieron claramente hasta los mas rudos del populacho, que el contacto de aquel brazo amenazante con el niño podía muy bien producir el mismo efecto del choque del acero con el pedernal, las chispas que encendieran la llama de otra revolucion. Ese sentimiento fué el que redujo á silencio al vocinglero pueblo y el que compelió á la reina á apresurar sus pasos. De modo que se hallaba ella casi al alcance del delfín, cuando este tocaba á la terrible barrera.

—Aquí, hijo mio, le gritó. Dame la mano.

Pero antes de que echara mano de la del infante, ya este se habia adelantado y parándose ante el brazo extendido del hombre del pueblo.

—Dios mio! exclamó la reina involuntariamente. ¿Qué va á hacer?

En aquel instante resonó por la parte fuera de la verja un gran grito de triunfo, repetido en seguida por miles de voces; porque el delfín habia extendido su pequeña y linda mano y la habia puesto sobre la férrea del hombre y se le sonreía, mientras este le miraba con la expresión del tigre que ya tiene la presa en sus garras.

—Buenos dias, señor, le dijo el chico con voz argentina. Buenos dias.

Y le tomó la mano y se la sacudió suavemente, como se hace cuando se saluda á un amigo.

—Lobato, rugió el hombre. ¿Qué es eso? Cómo te atreves á meter la manita en las garras del león?

—Señor, repuso el niño siempre sonriendo, creía que V. me extendía la mano para que yo se la estrechara y le dijera: buenos dias.

—Pues, y si quisiera te la haria añicos como en un torno; dijo el hombre asiendo firmemente la mano del niño.

—No harás tal! le gritaron centenares de voces. No, Simon, tú no lastimarás al chico.

—Y si se me antojara ¿quién me lo impediría? preguntó el hombre dando una carcajada. Ved, aquí tengo en el puño la manita del futuro rey de Francia, la cual me seria fácil apretar de modo que no pudiera agarrar nunca el cetro. El monito se figuró que podía tocarme la mano y hacer que yo retirara el brazo. Escucha bien mocito, ya ha pasado el tiempo en que los reyes podían prendernos y atropellarnos á su antojo. Ahora nosotros somos los que los prendemos á ellos, los sujetamos y no los soltamos á menos que nos dé la gana. ¿Oyes?

—Señor! gritó la reina, ordenando con un gesto imperioso se retirasen á los dos lacayos que acudían á arrancar el delfín de las manos del hombre. Señor, os ruego retireis el brazo y no nos impidais proseguir nuestro camino.

—¡Ah! exclamó el hombre volviéndose de repente para ella. ¿Tambien tú, mujer del panadero? Ya te conozco, ya nos hemos visto las caras. No es esta la primera vez que los divinos ojos de nuestra altanera reina se po-

sanen el sucio y miserable zapatero de viejo Simon.

—¿Es V., pues, el zapatero Simon? le preguntó María Antonieta. Es verdad, me acuerdo ahora haber hablado con V. antes. Fué cuando traje mi hijo por la primera vez á Nuestra Señora para que le bendijese Dios, y le viese el pueblo.

—Cierto, repuso Simon no poco halagado. Se conoce que tienes al ménos buena memoria. Pero debíste haber prestado atención á lo que entonces te dije. Yo no soy—señor,—soy un mero zapatero de viejo, que gana el pan con el sudor de su frente, mientras tú llevas una vida regalada. Entonces porque una miserable criatura como yo osó tocarle la mano á tu hija, lloró ella de asco y miedo.

—Pero ve V., señor Simon, dijo el delfín siempre con amable sonrisa, que yo no lloro. Sé que V. no tiene intencion de hacerme daño. Así le ruego tenga la bondad de retirar el brazo para que mi madre pueda seguir su camino.

—Supon que yo no hago lo que tú me dices, ¿no te parece que tu madre me lo ordenará y que en caso de negarme, hará venir aquí sus soldados para que nos fusilen por la espalda?

—Amamos al pueblo demasiado el rey y yo, dijo la reina prontamente, para disponer que las tropas hagan fuego sobre el pueblo. Yo no he dado semejante orden, maestro Simon, ni la daré nunca.

—Ya, no la darás, porque no estás segura de que los soldados te obedecerán; observó Simon con risa bestial. Desde que despachamos la guardia Suiza, no han quedado soldados dispuestos á dejarse matar por el rey y la reina. Saben ellos muy bien que si nos hicieran fuego, nosotros los despedazáramos. Sí, sí, los bellos dias de Versailles han pasado; aquí en París es preciso que te acostumbres á pedir en vez de mandar y que te convenzas de que es bastante el brazo de un solo hombre del pueblo á detener la reina y el delfín de Francia.

—Os equivocais, gritó la reina ya irritada, no sois vos bastante á detener á la reina de Francia y á su hijo.

Cogiendo con la mano izquierda á este, pegó un golpe con la derecha en el brazo del hombre, el cual por un movimiento instintivo soltó la presa, y madre é hijo pudieron seguir la marcha, ántes que él se diera cuenta de lo que habia pasado con la velocidad del relámpago.

Encantado el pueblo con la acción enérgica y animosa de la reina, aquel mismo pueblo que hubiera bramado de rabia, si ella hubiera ordenado á sus lacayos arrancar el delfín de manos de Simon por la fuerza, aplaudió de ganas á la impávida mujer que habia osado defenderse por sí misma y logrado vencer á su enemigo. Llegó el entusiasmo á punto que se dieron varios vivas á la reina, entre la risa general que causaba el chasco dado al maestro Simon. Las amenazas se trocaron en celebraciones, siguiendo atentamente los ojos de los innumerables espectadores la figura erguida y orgullosa de la reina, que se alejaba sin cuidarse al parecer de lo pasado.

Solo Simon no celebró la entereza y energía de María Antonieta.

—Ya la pagará, decía él amenazándola por detras con el puño y siguiendo sus pasos con

expresion sañuda. Me ha pegado en la mano, pero yo le sentaré la mia en el cogote, y cuando vuelva á apretar la del Eribonzuelo, no le quedarán mas ganas de enseñarme los dientes. Empiezo á creer lo que tantas veces me ha dicho Marat, que ha llegado el tiempo de la venganza. Preciso es echar á bajo la corona para que el pueblo gobierne. Me sale de adentro odiar á esta Austriaca, que arremanga la nariz y se cree mejor que mi mujer. Cuando nosotros seamos los amos y el rey nuestro criado, haré que Maria Antonieta sea mi camarera y su hijo mi limpiabotas. Ya sabrá entónces á qué sabe mi tirapié.

Mientras el zapatero Simon desfogaba de este modo la vergüenza y el despecho de haber sido burlado y vencido por una débil mujer y esa la reina, esta continuó su camino por el paseo de la Arcadia. Al fin de él estaba el cercado que conducía al pequeño jardín reservado para la familia real. Por la puerta de hierro, muy inmediata, que adornaban las armas de los reyes de Francia, Maria Antonieta penetró en un verdadero asilo, en el cual, libre de las acechanzas é insultos del pueblo, respiró ella con mas franqueza, así que los lacayos cerraron y oyó el golpe de la cerradura.

Paróse por un momento para reponerse y entónces echó de ver que le temblaban las piernas, y que apenas tenia fuerzas para seguir adelante. Tal vez le habria servido de alivio el caer de rodilla y enviado al seno de Dios la expresion ferviente de sus pesares y tormentos. Pero tras ella se hallaban los lacayos, su hijo que no cesaba de contemplarla con sus grandes ojos, fuera de que llegaba hasta allí desde el muelle la gritaria del pueblo, como el trueno de las olas de un mar distante que rompen con furor contra las rocas de la costa.

No podía, pues, la reina exhalar una queja ni hacer una oracion, porque debia mostrar serenidad á su hijo, dignidad y compostura á sus criados. A Dios solamente era dado penetrar en aquel corazon afligido y medir la profundidad de su angustia. Pero en medio de su misma pesadumbre y su tristeza, se abria camino un sentimiento secreto de triunfo y satisfaccion. Si, habia ella mantenido su libertad é independencia, no era la prisionera de Lafayette, no estaba bajo la proteccion del general del pueblo, no le habia dado facultad de velar por su seguridad con la Guardia Nacional, ni el gusto de poder decir en su orden del dia:—A tal y cual hora la reina se pasea, amparémosla de la ira popular á fin de que se recree libremente.

—Mamá, le dijo el delfin interrumpiendo sus profundas meditaciones, ahí viene el rey, ese es papá. ¡Cuánto se alegrará de saber que yo fui valiente!

—Si, mi Bayardito, contestó la reina saliendo de su abstraccion, has hecho honor á tu gran modelo y te has mostrado caballero *sans peur et sans reproche*. Mas el verdadero valor, hijo, no se gloria en las grandes hazanas, ni ambiciona la admiracion de los demas, sino que guarda silencio sobre ellas y deja que otros las celebren.

—Yo tambien me callaré, mamá. Ya verás si yo sé guardar silencio y no hablar de mí mismo.

El rey, entretanto, seguido de varios caballeros y servidores, se acercaba con la priesa que tenia por costumbre, y en el afan de llegar á donde estaba su mujer, siguiendo la línea recta, abandonaba las tortuosas sendas y hollaba las últimas marchitas flores de otoño.

—Al fin te encuentro, Maria! exclamó él apenas se puso al alcance. Te buscaba para sacarte del parque. Hace tiempo que saliste y me tenias con mucho cuidado.

—¿Por qué con mucho cuidado? repuso la reina. ¿Qué peligro podia yo correr en mi jardín?

—No trates de ocultarme nada, Maria; replicó el rey con amargura. Lo sé todo. El odio del pueblo nos priva del goce del aire libre. Luego que tú los despediste, Lafayette y Bailly vinieron á verme, y me contaron que no les hiciste caso, ni quisiste concederle al general facultad de protegerte con sus tropas en tus paseos por el parque.

—Te han dicho verdad, Luis, y espero que apruebes mi conducta. Tú, como yo, sientes que es una nueva humillacion consentir en que el general del pueblo sea quien regule hasta nuestros mas inocentes pasatiempos. Si es que no tenemos derecho para pasearnos al aire libre, mas vale estarnos en casa.

—Yo no he pensado en otra cosa que en los peligros que correrias paseando sin proteccion; observó el rey muy perplejo. Me ha pintado Lafayette esos peligros con tan negros colores, y tengo que confesar con pena que no ha exagerado, que solo me corresponde pensar en tu seguridad. Bajo este punto de vista he examinado el asunto, de suerte, que me parece ocioso añadirte que he aprobado su proposicion y dádole facultad para que te proteja en tus paseos de los insultos del populacho.

—Me prometo, sin embargo, que no has fijado las horas de mis paseos. ¿Las has fijado?

—Sí, contestó el rey con cuanta blandura le fué dado. Sabedor de tus hábitos y de que tanto en otoño como en invierno, gustas pasearte al aire libre entre doce y dos del día, y en verano de cinco á siete, he arreglado con el general Lafayette que guarde el parque á esas horas, aunque tú no estés fuera del palacio.

—Sire, dijo la reina dando un profundo suspiro, tú mismo aprietas los cordeles con que embarazan nuestros movimientos. Hoy limitas nuestra libertad á dos miserables horas, precedente que no se echará en saco roto. La proteccion del señor Lafayette, nos servirá de escudo al principio y podremos pasearnos en seguridad, mas no tardará en llegar el día en que eso no baste y en que solo el poder de Dios nos libre de todo mal. Porque abdica la autoridad que no se basta á sí misma, se desprestigia el soberano que se muestra débil y dependiente, desaparece la majestad que no sabe llevar la corona. ¡Ah! Preferiria arrostrar la ira del pueblo, con tal de conservar mi independencia, á pasearme con toda seguridad, bajo la égida del señor Lafayette.

—Maria, tú lo ves todo por el lado mas negro, le dijo el rey afligido. Si tenemos prudencia y nos conformamos á las circunstancias, si hacemos concesiones oportunas, aun puede enmendarse todo, desarmarse el odio y conquistarse la enemiga.

No replicó la reina, solo se inclinó sobre el delfin y le dijo al oído:

—Ya puedes referir lo pasado, Luis. Ya no es necesario guardar silencio. Así, cuenta tu heroísmo.

—Es de heroísmo de lo que se trata? preguntó el rey que entreoyó las últimas palabras de la reina.

—Sí, precisamente de heroísmo; contestó esta. Pero nos pasa lo que á Don Quijote. Creíamos que peleábamos por nuestra honra y trono, y debemos confesar que no fué sino con molinos de viento. Ruégote informes al general Lafayette que no es necesario guarde las avenidas del parque con sus tropas, no volveré á pasearme.

Y cumplió la reina su palabra. No volvió á entrar en los jardines y parque de las Tullerías, no le dió ocasion jamas á Lafayette de protegerla, y sin necesidad de las tropas logró el objeto apetecido,—alejar el populacho de aquellos sitios reales. Porque sucedió lo que era muy natural que sucediera, no viendo aparecer la reina, se cansó de ir día tras día sin fruto á las verjas y amontonarse en el muelle. Verdad es que la hizo peor, pues en vez de perder el tiempo en inútiles amenazas en torno de los jardines, acudió á los clubs con doble asiduidad y aprendió de memoria, puede decirse así, el arte de las revoluciones, oyendo día y noche los incendiarios discursos de Marat, Santerre y otros, y las vehementes arengas de Mirabeau, Robespierre, Danton y demas caudillos de la famosa Montaña. Unos y otros socavaban los cimientos de la monarquía y preparaban las escenas de horror y sangre que señalaron el curso de la revolucion Francesa.

CAPITULO XVI.

Habia pasado el invierno, triste, húgubre invierno para la familia real, especialmente para Maria Antonieta; para quien no hubo las fiestas, las distracciones, los sencillos é inocentes goces que suelen embellecer la vida de la mujer, mas de una reina.

Ya no es la Maria Antonieta que manda, que ve en torno suyo un círculo numeroso de cortesanos reverentes, ávidos de recoger la menor palabra que se escapa de sus labios; Maria Antonieta se ha trocado en una mujer grave y solitaria, la cual trabaja mucho, medita mas, forma muchos planes para salvar el reino y el trono y ve todos sus planes malogrados y deshechos por la indecision y debilidad de su marido.

Léjos, muy léjos están aquellos tiempos que con cada día nuevos goces y placeres la esperaban, cada alba de verano le anunciaba una mañana de delicias, y una tarde de embeleso en los bosquecillos y prados del Trianon. Habian dejado el suelo Frances los hermanos del rey, como ya se ha dicho y se habian fijado en Coblenza, sobre el Rin. Los Polignacs se habian refugiado en Inglaterra, á donde tambien acudió la princesa Lamballe mandada por la reina para que se viese con Pitt, el omnipotente ministro de Jorge III, á fin de ver si prestaba mas eficaz servicio á la oprimida corona Francesa, del que le prestaba con sus diatribas é imprecaçiones contra la sediciosa y amotinada nacion.

Tambien habian huido á Coblenza y le pagaban corte á los principes Franceses, los anti-

guos compañeros de Maria Antonieta en sus placeres y diversiones del Trianon. Allí se hallaban los condes de Bezenval y de Coigny, el marqués de Lauzun, el baron de Adhemar y los demas prófugos, asustados por la vuelta que iba tomando la revolucion. Desde allí no ocupaban los ocios en otra cosa, que en intrigas de todas especies, en suscitar una guerra Europea contra la Francia, en lanzar teas incendiarias sobre los campos ya enrojecidos de sangre de su patria, y sobre todo, en expandir calumnias contra los que se hallaban expuestos al furor popular, sin perdonar á su misma pariente y antigua amiga, Maria Antonieta, la Austriaca.

Para cohonestar su cobardía esos emigrados y creyendo que así podrian congraciarse con el pueblo, no tuvieron escrúpulo en arrojarle para que le devorara, el cordero propiciatorio, que no era otro que la reina, sobre cuyas espaldas cargaron los crímenes todos que en siglos de desgobierno habia cometido la corte Francesa. El pueblo, trocado en fiera, pedía sangre, y se le ofreció la de Maria Antonieta. Ella debia pagar por todos los pecados de los Borbones, ella que habia desprestigiado la monarquía, ella que habia chocado contra las costumbres de la nacion, ella que con su orgullo habia roto el lazo de union del vasallo con su soberano, ella, en fin, que por pura ambicion habia aislado al rey y gobernaba en su lugar.

Pero de todos los enemigos de Maria Antonieta en el destierro, el que le hacia mas daño, por ser ambicioso y astuto, era el conde de Provenza, hermano mayor del rey. Veía claro que era profundo, insondable el abismo abierto entre el trono y el pueblo Frances; pero creía él que tal vez se llenaria arrojando al fondo á Luis XVI y Maria Antonieta; y en este caso no solo se calmaba la esferescencia y la ira populares, sino que se aumentaban las probabilidades de suceder á su hermano. En tal sentido trabajaba sin descanso, aunque sin darse cuenta de los móviles secretos de su proceder infame.

El conde de Artois, que ántes habia sido el amigo de la reina, el único de la familia real que la tenia buena voluntad y soía defenderla de las calumnias exparecidas contra ella por las tias y aun el cuñado, en Coblenza se adhirió completamente al número de los que buscaban por todos medios su perdicion. En efecto, preciso es que hubiese sido una loco, para que, oyendo repetir que Maria Antonieta con su ligereza, sus despiñfarros é intrigas habia ocasionado el descrédito de la monarquía, la irritacion popular, la revolucion, en suma, no le cobrase odio y no la creyese la causa de su forzada expatriacion.

Estaba bien informada Maria Antonieta de todo lo que se decia, se proyectaba y se urdía en Coblenza, á donde puede decirse con toda verdad que se habia trasladado la corte Francesa, puesto que los verdaderos monarcas llevaban vida de prisioneros mas que de otra cosa y de su lado se habian alejado los palaciegos y sobre todo los ministros diplomáticos de las naciones extranjeras.

—Me mataran, se decia ella á menudo suspirando, despues de enterarse de lo que pasaba en Coblenza; me mataran y lo peor es que conmigo matan al rey y á la monarquía. Sobre